



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Second Sunday in Ordinary Time

“Jesus is the Lamb of God, who takes away the sin of the world,” John the Baptist declares in today’s Gospel. This image of the “Lamb of God” is rooted deeply in the Old Testament, where the lamb served as the sign of the Israelites’ imminent liberation from slavery in Egypt.

In the Book of Exodus, the Lord instructed Moses and Aaron that on the eve of their liberation, the Israelites were to slaughter an unblemished male lamb. They were to take its blood and sprinkle it on the doorposts and lintels of their homes. This blood served as a sign; when the Lord saw it, He would “pass over” those houses, sparing the lives of those within. While the homes without this sign faced the tragedy of the firstborn, the blood of the lamb marked the beginning of freedom for God’s people.

If the blood of the lamb in Exodus was the sign of God’s coming liberation, Jesus, as the Lamb of God, is more than just a sign—He is the bringer of that liberation. He is the one who truly takes away the sin of the world. After His baptism, Jesus’ first act was to call disciples to join Him in His mission. We see Jesus calling people to follow Him and become “fishers of men.” Those He called dropped everything to follow. Their response echoes the words of the Psalmist: “Here am I, Lord; I come to do your will.”

This teaches us that, as members of the Body of Christ, we are invited to participate in Jesus’ work of liberation. In the Old Testament, ritual sacrifices and offerings were central to religious life. Jesus, the Lamb of God, requires something different: obedience to the will of God and a commitment to justice. God’s divine action of liberation is not a distant hope; it is happening right now in Jesus Christ and through us—His Body. Each time we work for justice, we are participating in God’s ongoing work of salvation.

Like the people of Corinth, we are called to be holy because we have been sanctified in Christ. This call to holiness is not a retreat from the world; it is a call to participate in the mission of Jesus today. True holiness is not focused solely on ritual or sacrifice. Instead, it moves us to engage with God’s salvific action in history by seeking His justice. God’s justice is founded on love and mercy, which exhorts us to feed the hungry, give sight to the blind, and welcome the immigrant.

Within the events currently unfolding in our country, we must boldly declare that Jesus is the Lamb of God who takes away the sin of the world. We are called to face our current reality and confront it as it is. While we might initially feel the urge to flee or deny the pain around us, as disciples called to holiness, we are called to embrace it. It is precisely here that we must witness to Christ. He will take away the evil of this world, but He chooses to do it with us, for we are His Body—we are the Church.

Amid the hatred directed toward those who are “different,” we are called to witness to God’s love that reaches out to the least, the last, and the lost. In the face of discrimination against those with less, we are called to witness to God’s justice that lifts the downtrodden. Amid widespread fear, we are called to witness to God’s peace that overcomes all fear. When we respond to Christ’s call today, we find ourselves on the right side of history. By witnessing to love, justice, and peace in the midst of hatred, discrimination, and fear, we testify to the world that Jesus is indeed the Son of God.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Segundo Domingo en Tiempo Ordinario

“Jesús es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, declara Juan el Bautista en el Evangelio de hoy. Esta imagen del “Cordero de Dios” tiene sus raíces profundas en el Antiguo Testamento, donde el cordero servía como signo de la inminente liberación de los israelitas de la esclavitud en Egipto.

En el Libro del Éxodo, el Señor les ordenó a Moisés y Aarón que, en la víspera de su liberación, los israelitas sacrificaran un cordero macho sin defecto. Debían tomar su sangre y rociarla en los postes y dinteles de sus casas. Esta sangre servía como señal; cuando el Señor la viera, “pasaría por alto” esas casas, salvando la vida de quienes se encontraban en ellas. Mientras que las casas sin esta señal se enfrentaban a la tragedia de la muerte de los primogénitos, la sangre del cordero marcaba el comienzo de la libertad para el pueblo de Dios.

Si la sangre del cordero en el Éxodo era la señal de la liberación venidera de Dios, Jesús, como Cordero de Dios, es más que una simple señal: es el portador de esa liberación. Él es quien verdaderamente quita el pecado del mundo. Después de su bautismo, la primera acción de Jesús fue llamar a discípulos para que se unieran a Él en su misión. Vemos a Jesús llamando a las personas a seguirlo y convertirse en “pescadores de hombres”.

Aquellos a quienes llamó lo dejaron todo para seguirlo. Su respuesta se hace eco de las palabras del salmista: “*Aquí estoy, Señor; para hacer tu voluntad*”. Esto nos enseña que, como miembros del Cuerpo de Cristo, estamos invitados a participar en la obra de liberación de Jesús. En el Antiguo Testamento, los sacrificios rituales y las ofrendas eran fundamentales en la vida religiosa. Jesús, el Cordero de Dios, exige algo diferente: obediencia a la voluntad de Dios y compromiso con la justicia.

La acción divina de liberación de Dios no es una esperanza lejana; está sucediendo ahora mismo en Jesucristo y a través de nosotros, su Cuerpo. Cada vez que trabajamos por la justicia, participamos en la obra de salvación de Dios.

Al igual que el pueblo de Corinto, estamos llamados a ser santos porque hemos sido santificados en Cristo. Esta llamada a la santidad no es un retiro del mundo, sino una llamada a participar en la misión de Jesús hoy. La verdadera santidad no se centra únicamente en el ritual o el sacrificio. En cambio, nos mueve a comprometernos con la acción salvífica de Dios en la historia buscando su justicia. La justicia de Dios se basa en el amor y la misericordia, que nos exhorta a alimentar al hambriento, dar vista al ciego y acoger al inmigrante.

En el contexto de los acontecimientos que se están desarrollando actualmente en nuestro país, debemos declarar con valentía que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Estamos llamados a afrontar nuestra realidad actual y a enfrentarnos a ella tal y como es. Aunque inicialmente podamos sentir la necesidad de huir o negar el dolor que nos rodea, como discípulos llamados a la santidad, estamos llamados a aceptarlo. Es precisamente aquí donde debemos dar testimonio de Cristo. Él quitará el mal de este mundo, pero elige hacerlo con nosotros, porque somos su Cuerpo, somos la Iglesia.

En medio del odio dirigido hacia aquellos que son “diferentes”, estamos llamados a dar testimonio del amor de Dios que se extiende a los más pequeños, a los últimos y a los perdidos. Ante la discriminación contra los que tienen menos, estamos llamados a dar testimonio de la justicia de Dios que levanta a los oprimidos. En medio del miedo generalizado, estamos llamados a dar testimonio de la paz de Dios que vence todo temor. Cuando respondemos hoy al llamado de Cristo, nos encontramos en el lado correcto de la historia. Al dar testimonio del amor, la justicia y la paz en medio del odio, la discriminación y el miedo, testificamos al mundo que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios.